

Deus caritas est: un canto al amor total

Rafael M. Sanz de Diego

Para quienes, hace ahora nueve meses, esquematizaron la personalidad de José Ratzinger como un intelectual frío o como el Gran Inquisidor, su primera encíclica ha resultado una sorpresa. Aparece en sus páginas —no podía ser de otra manera— el teólogo profundo que sabe dialogar con el pensamiento laico y naturalmente fiel a la tradición de la Iglesia. Pero su carta es, sobre todo, un bello canto al amor total.

¿Un programa?

Es tópico llamar «programática» a la primera encíclica de un pontificado. Es inevitable que sea así. Pero, creo, el adjetivo cuadra sólo parcialmente en este caso. Desde luego no se trata de presentar un programa de gobierno. Quizá sí unas prioridades.

Deus caritas est revela el interés fundamental del Papa. Ha querido centrar su primer mensaje a la Iglesia en la mejor aportación de los creyentes a la convivencia: la imagen de Dios. Frente a quienes piensan que para el diálogo hay que atenuar las propias convicciones para que no choquen con las del adversario, **Juan Pablo II** hizo notar que este relativismo y esta ideolo-

gía «light» no conducen a un diálogo sincero ni son expresión de respeto al otro, sino llevan más bien al totalitarismo, ya que el ser humano, privado de sus convicciones, es presa fácil de quienes quieran dominarle (*Centesimus Annus*). Condición básica para un diálogo es la sinceridad, que cada uno exponga claramente sus propias convicciones. Con respeto a las ideas del otro, pero nunca escamoteando las propias.

Al comienzo de su pontificado, **Benedicto XVI** ha expuesto con claridad la fe de los creyentes, su verdad central: cómo es Dios. En concreto, «algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece a los hombres» (1). Lo ha hecho con respeto a quienes piensan de otra manera. Pero ha sido claro y ha ido a lo esencial.

Ha bebido en las fuentes primigenias de la tradición cristiana. «Dios es amor» hunde sus raíces en el mensaje de Jesús —palabras y hechos— y en la primitiva teología cristiana, en la primera reflexión sobre esta novedad. Sin duda —la encíclica lo reconoce gustosamente— entronca con lo central de la teología judía. Y amplía sus horizontes más allá del pueblo elegido, con «una nueva profundidad y amplitud» (1).

Al escoger el tema de su primera encíclica, el Papa revela lo que para él es esencial y desea que lo sea para los católicos.

¿Para los católicos?

No lo he visto subrayado en los comentarios que han aparecido hasta ahora. Pero ya la primera página de la encíclica presenta una novedad: está dirigida «a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos». A diferencia de lo que era costumbre desde *Pacem in Terris*, no está expresamente dedicada «a los hombres y mujeres de buena voluntad». ¿Significa esto un repliegue papal a las fronteras eclesiales?

Creo poder afirmar que no es así. Es significativa la fecha de su publicación: el 25 de enero, fiesta de la Conversión de San Pablo, patrimonio común de todos los cristianos, final del Octavario por la unión de cuantos seguimos a Jesús. Pudo escoger otra fecha. Y subrayó la coincidencia en la homilía que pronunció ese día en la Basílica de San Pablo Extramuros, en las Vísperas que celebró con ortodoxos y evangélicos, como conclusión de la Semana de oración por la unidad de los cristianos:

«Al tema del amor he querido dedicar mi primera encíclica, que se ha publicado precisamente hoy, y esta feliz coincidencia con la conclusión de la Semana de oración por la unidad de los cristianos nos invita a considerar este encuentro y, más aún, todo el camino ecuménico a la luz del amor de Dios, del Amor que es Dios. Si ya desde el punto de vista humano el amor se manifiesta como una fuerza invencible, ¿qué debemos decir nosotros, que “hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él”? (1 Jn 4, 16). El auténtico amor no anula las diferencias legítimas, sino que las armoniza en una unidad superior, que no se impone desde fuera; más bien, desde dentro, por decirlo así, da forma al conjunto».

«La imagen de Dios como amor es tesoro común de todos los cristianos, es la clave de nuestras creencias y estímulo para el ecumenismo». Lo compartimos también con el judaísmo y el Islam. En la carta se alude ampliamente a las raíces judías del mensaje de Jesús (9-11). La enseñanza de la encíclica no queda reducida a los católicos. Quizá el Papa ha preferido focalizar su atención en ellos como destinatarios para subrayar que desea que sea ésta la visión de Dios que tengamos y transmitamos quienes estamos en la Iglesia.

Tampoco quedan al margen del diálogo los no creyentes. Fiel a su trayectoria intelectual, el Papa muestra que conoce el pensamiento no cristiano, no sólo el de la antigüedad, **Aristóteles**, **Platón** o **Virgilio**, sino también el moderno: **Nietzsche** (su primera cita) o **Marx**, al que dedica párrafos cuando hoy el debate sobre el marxismo parece cerrado.

*esta encíclica no pretende
presentar un programa, sino
una prioridad: recordar la
verdadera imagen de Dios,
una imagen que compartimos
con los demás cristianos
y con el judaísmo*

Señalar a los católicos como únicos destinatarios de su carta es quizá un reflejo de la timidez del intelectual, más semejante en esto a **Montini** que a **Roncalli**, Párroco del mundo, o a **Wojtyla**: se dirige a aquellos a quienes puede hablar por su cargo, aunque sin excluir a nadie. Dirigida a los católicos, la encíclica es una palabra dicha en voz alta sabiendo que puede ser escuchada por todos: tiene ya experiencia de diálogo con el pensamiento laico. La pronuncia teniendo en cuenta a todos estos destina-

tarios, a los que lleva autorizadamente el punto de vista de la Iglesia de Roma.

El corazón de la fe cristiana

Deus caritas est se centra en lo medular del mensaje cristiano. No es una mera cuestión teórica. Su segunda parte se dedica al amor llevado a la práctica por la Iglesia. No es tampoco, por esto mismo, una

el Papa destaca, entre todas las formas de amor humano, «como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma»

lucubración escapista al margen de los graves problemas del mundo. Al contrario: estimula a los lectores para que no los olviden y se dediquen a ellos.

Es oportuna la reflexión en voz alta sobre nuestra imagen de Dios. Responde a una necesidad hoy. El Papa quiere que la realidad de Dios esté presente en el pensar y actuar de los católicos. A la vez quiere precisar

de qué Dios habla. «En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza e incluso con la obligación del odio y de la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto» (1). Pocos días después, con el pretexto de unas desgraciadas caricaturas, las palabras del Papa se han visto dolorosamente confirmadas.

No ha movido al Papa sólo el deseo de apartar a la Iglesia del fundamentalismo religioso. Ha pretendido también orientar la fe de los católicos en dos direcciones. Hablar de Dios Amor nos mueve, ante todo, a responderle con amor, lejos de una obligación externa y del temor o el interés personal. Por otra parte, nos estimula a amar al prójimo, objeto también del amor de Dios. Acercándose al núcleo central del mensaje cristiano, el Papa nos orienta a los destinatarios de su encíclica a una actitud positiva y concreta al vivir nuestra fe, cara a Dios y cara a los demás.

El amor total

Ha llamado poderosamente la atención la reflexión, lúcida y transparente, sobre el amor que realiza el Papa en la primera parte de su escrito. Comienza con dos constataciones obvias, expresadas en len-

guaje hondo y claro, lejano del estereotipo del lenguaje eclesiástico que muchos tienen aún. El amor es una de las palabras más utilizadas y de las que más se abusa. Y tiene muchas especificaciones: a la patria, al trabajo, entre amigos, entre padres e hijos, hermanos y familiares, hombre y mujer, amor al prójimo y amor a Dios. Se pregunta: ¿se trata de una misma actitud o de realidades diferentes a las que une una misma palabra?

Sin miedo reconoce que entre todas las formas de amor destaca, «como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor» (2).

Es profundo y lúcido el análisis del «eros». En muchas culturas se ha considerado como algo divino, que, sacando al ser humano de sí mismo, le lleva a la dicha más alta. En la cultura griega, **Platón**, en *El banquete* lo expresó sugerentemente. Al principio el ser humano era esférico, perfecto. En un momento determinado, Zeus, como castigo, lo dividió. Desde entonces cada mitad del ser humano ansía encontrar a la parte que le falta y unirse a ella —

popularmente nosotros hablamos de «nuestra media naranja»— y sólo encuentra la felicidad cuando lo logra.

El Antiguo Testamento primero y la Iglesia después han valorado este amor humano. El Génesis cree en la complementariedad del hombre y la mujer (capítulo 2), aunque no es castigo, el origen de la diversidad sexual. A la vez, tanto el judaísmo como la Iglesia han estimulado a pasar del «eros» (necesidad) al «agapé», entrega de mí mismo, que nos lleva a buscar la felicidad de la otra persona. Junto a estas formas de amor hay otra, recogida también en el Nuevo Testamento: la «filía», el amor de amistad. Más aún, Jesús nos invita a amar también a la persona que no me agrada. Porque puedo mirarla desde la perspectiva de Jesucristo: si Él la quiere y se porta bien con ella, yo puedo y debo hacer lo mismo.

Con valentía el Papa se enfrenta a la objeción de **Nietzsche** y de otros, especialmente tras la Ilustración. Acusa al cristianismo de haber dado de beber al «eros» un veneno que, aunque no lo mató, lo hizo degenerar en vicio. Con sus prohibiciones, la Iglesia ha convertido en amargo lo más hermoso de la vida, la felicidad que el Creador nos ofrece para completarnos y para gustar algo divino (3).

Porque el «eros» tiene algo de sobrehumano, de divino. Incluso en algunas religiones se ha plasmado la atracción sexual como prostitución sagrada, que ponía en comunión con la divinidad. Es fácil entender que esta forma de amor era mera utilización de las prostitutas sagradas como objeto de placer. El «eros» así vivido no divinizaba al ser humano, más bien lo deshumanizaba. El amor necesita disciplina y purificación para unirnos realmente con Dios. Esta purificación y maduración incluyen también la renuncia para salir de nosotros mismos y llegar a la entrega, al «agapé». Sin negar que algunos sectores del cristianismo no han valorado positivamente la corporeidad humana, el camino cristiano no equivale a envenenar al «eros», sino a llevarlo a plenitud, a acercar a los seres humanos al amor total, amplio y hondo, sin exclusiones y sin acabar en sí mismos.

A Dios nadie le ha visto. Pero en Jesús nos llega su amor y Le hace visible. «Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance» (17). Nos ha llegado su amor y podemos corresponderle con amor. Dios no nos impone un sentimiento imposible. El que Dios nos haya amado primero puede hacer que nazca en nosotros el amor como respuesta. Ese amor no es sólo un sentimiento de los que

van y vienen. Éste puede ser la maravillosa chispa inicial, pero no es el amor total. Nos acercamos a él cuando hay identidad con el pensar y desear de Dios. Nuestra voluntad y la de Dios coinciden cada vez más. La voluntad de Dios no es algo extraño ni unos preceptos que se me imponen desde fuera. Descubro a Dios como lo más íntimo mío: otra huella de **San Agustín**, tan propia de los escritos de **Ratzinger**. Desde esta experiencia brota el amor al prójimo, incluso al que no me agrada, amado también por Dios. Desde la perspectiva de Jesucristo, Su amigo es mi amigo.

El amor cristiano, lo central del seguimiento de Jesús, es así un proceso siempre en camino, que nunca se completa. Como es inicialmente respuesta al amor que Dios me tiene y tiene a los demás, se unen inseparablemente el amor a Dios y al prójimo.

Caridad y Justicia

En la segunda parte de la encíclica trata de cómo debe vivir la Iglesia este amor. Parece ser que en ella ha utilizado materiales que su predecesor había ordenado recoger, pues proyectaba una encíclica sobre la caridad. La primera parte recoge muy bien destellos del itinerario teológico ratzingeriano. La segunda

está también moldeada con su estilo y se une íntimamente a la primera. Días antes de su publicación, el Papa hacía notar que las dos partes son inseparables. Sabía que el tono de la primera es especulativo y el de la segunda, pastoral. Pero hacía ver que los párrafos más pastorales se apoyan en los precedentes y son su concreción. En la Introducción a *Deus caritas est* se lee que la segunda parte trata de «cómo cumplir de manera eclesial el mandamiento del amor al prójimo», cómo suscitar «un renovado dinamismo en la respuesta cristiana al amor divino» (1).

Lo logra haciendo ver que, a lo largo de los siglos, el ejercicio de la caridad ha sido un ámbito esencial de la vida eclesial, unido al anuncio del Evangelio y a la administración de los sacramentos. Ninguna de estas áreas puede ser olvidada por la Iglesia, a la que llama «comunidad de amor», una sola familia, movida por el Espíritu de amor. Toda la actividad de la Iglesia está orientada al bien integral del ser humano. Las comunidades primitivas de Jerusalén según las retratan los *Hechos de los Apóstoles*, la elección de los diáconos, los testimonios de **Justino**, **Tertuliano** e **Ignacio de Antioquía** lo confirman en los primeros siglos y, más tarde, las huellas de las *Diakonías* tanto en Oriente como en Occidente. Alude a **Juliano el Apóstata**. Escandalizado por la crueldad

del emperador **Constancio**, que se tenía por gran cristiano, quiso restaurar el paganismo tradicional, reformándolo, añadiéndole una acción caritativa imitada de la Iglesia. En estos párrafos y en la conclusión (40-42), en la que cita a María y a

*no es cometido de la Iglesia
construir un orden justo,
aunque tiene el deber
de ofrecer su contribución
específica para ello*

varios Santos (**San Ignacio de Loyola** entre ellos), **Benedicto XVI** sigue las huellas de su predecesor. En sus dos últimas encíclicas sociales, *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus Annus* (1991) **Juan Pablo II** realizó relecturas de la historia como confirmación de sus convicciones.

¿Y la justicia? Responde a la vieja acusación: con obras de caridad se acalla la conciencia de los ricos para eludir la implantación de la justicia. Teniendo algo de verdad, la afirmación contiene errores. La Doctrina Social de la Iglesia, que vuelve a recordar, ha estimulado a un orden más justo. Reconociendo que los representantes de la Iglesia descubrieron lentamente —como la misma sociedad— la situación dis-

tinta que creaba la industrialización, reivindica la aportación novedosa de **Monseñor Ketteler** y otros sacerdotes y laicos, estimuladores y estimulados por la reflexión de **León XIII** y los Papas siguientes, que han ido creando la Doctrina Social de la Iglesia.

Con precisión de profesor distingue las diferentes tareas del Estado y de la Iglesia en torno a la justicia:

Tarea primordial del Estado es instaurar la justicia. Sin ella, recuerda citando de nuevo a **San Agustín**, el Estado es una banda de ladrones. No es cometido de la Iglesia construir un orden justo, aunque tiene el deber de ofrecer su contribución específica para ello. Los ciudadanos bautizados tienen aquí una tarea propia que la enseñanza de la Iglesia estimula. Por eso no puede quedarse al margen. No debe sustituir al Estado ni éste debe marginarla ni desaprovechar su ayuda.

Incluso en la sociedad más justa será siempre necesaria la caridad. Si el Estado pretendiese hacerlo todo, no sólo violaría el principio de subsidiariedad, sino dejaría además desamparado al ser humano, asfixiado por la burocracia.

Traza con nitidez el perfil de la acción caritativa de la Iglesia y de los que actúan en su nombre. La activi-

dad caritativa eclesial debe ser respuesta a necesidades concretas, independiente de partidos e ideologías, gratuita y ajena al proselitismo. El mayor sufrimiento humano es la ausencia de Dios. Al ejercer la caridad, la Iglesia nunca impondrá su fe, aunque sabe que el amor es el mejor testimonio del Dios en quien creemos. Quienes llevan a la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia deben estar movidos por Cristo, que ha conquistado su corazón con su amor y les mueve a entregarse al prójimo. Deben ser, dice bellamente, «corazones que ven» dónde se necesita amor y actúan en consecuencia. Están llamados a entregarse como Jesús, al servicio constante de todos, el amor más desinteresado, alimentando su vida y sus motivaciones con la oración y la Eucaristía.

Su propio comentario

No hay quizá novedades ideológicas en estas páginas, aunque para muchos la teología aquí explicitada resulte nueva y ajena a sus estereotipos. Es nuevo el estilo, sugerente, claro y bello. Por esto he calificado a *Deus caritas est* como un canto al amor total.

Ha sido novedad el propio comentario papal a su escrito, no en un *Angelus* o una homilía, sino en una

carta dirigida a los lectores de la revista *Famiglia Cristiana*, en el número en que se incluía la encíclica. Con estilo cercano, explica que ha pretendido responder a preguntas hondas: ¿es posible amar a Dios?, ¿puede ser algo obligado?, ¿es un sentimiento que se tiene o no?, ¿podemos de verdad amar al prójimo extraño y antipático?, ¿nos amarga la Iglesia la alegría del amor? La Iglesia, ¿puede dejar el servicio de la caridad a organizaciones filantrópicas? ¿No sería mejor promover un mundo justo donde la caridad fuera superflua?

La encíclica ha aparecido a los nueve meses (¡bonito símbolo!) de su elección. No ha sido sorpresa su hondura y solidez, su conocimiento del pensamiento humano. Se conocía la talla intelectual de **Ratzinger**. La sorpresa ha venido para quienes en abril auguraban un Papa frío, duro e inquisidor. Ahora ven desmentidas sus profecías. No se evade de los problemas e inquietudes actuales, que conoce. No condena, sino estimula al amor y a la justicia

como respuesta a un Dios Amor. No quiere una Iglesia poderosa sino servidora y dialogante.

Presenta como primera preocupación de su pontificado que todos los creyentes conozcamos más al Dios real, precisamente en estos tiempos

*la actividad caritativa
eclesial debe ser respuesta
a necesidades concretas,
independiente de partidos
e ideologías, gratuita
y ajena al proselitismo*

en que tantas veces se le ignora o desfigura. Al conocer a Dios como amor, rompe las imágenes falseadas del cristianismo como receloso ante el amor o como desligado de las necesidades ajenas. Por ser Dios como es, estamos llamados a amar como Él. Nos estimula a los creyentes con el amor del Dios en quien creemos. Es un buen programa, necesario hoy. Y muy bien escrito. ■



Pilar de la Fuente:
«El ángel del Señor anunció a María» (serie-2),
Trabajo a plumilla, 30 × 21